

A veces prosa

José de la Colina: el limpiador de espejos

Adolfo Castañón

1

“La vida es mejor con el cine”, escribe en *Zigzag*, en el texto “Mi película inolvidable”, el ubicuo y transparente José de la Colina, narrador, cronista, testigo, espectador de cine, lector, bibliófilo y niño sempiterno a cuya eternidad contribuye su traje de siempre que varía, muy poco, los domingos y los días de Sala Ponce.

A mi parecer añejo de cincuenta y siete años —que leídos al revés dan setenta y cinco— José de la Colina estuvo siempre ahí-aquí. Con los años me he ido acercando a él, y él, en persona y en letras, se ha ido acercando a mí, en mí. No es fácil definirlo pues se escapa entre las redes del idioma como un pez o mejor como un cardumen. Pues Pepe no es uno sino varios peces, digo Pepes. Es coro y es legión, creador de públicos y de publicaciones.

Trataré de apresar o apretar las tuercas de su máquina deseante. Ante todo, nuestro Pepe, —P.P.— nuestro padre putativo de letras y lecturas, es —típico: dirían Freud, Salvador Elizondo y Juan García Ponce— un *nowhere man*, un hombre como de ninguna parte —aunque tiene sus raíces y raigambres cosmopolitas, bibliopolitas y cinepolitas.

En los corrillos adolescentes, se le saludaba como *the fool on the hill* —el loco de la Colina evocando una canción de los Beatles. Como él me simpatizaba, yo no sólo me negaba a caer en ese proselitismo

bobo, sino que, rascándome la cabeza, me preguntaba: en qué podía consistir esa “locura” del admirado escritor a quien conocí el verano de 1979, cuando cursaba el segundo año de la preparatoria, en casa de Enrique Alatorre Chávez y de Yolanda Guzmán de Alatorre, padres de mis amigos adolescentes: Argel e Iris.

Pepe en esa primera vez me pareció una suerte de calígrafo de la oralidad, señor del paréntesis que en un espacio mínimo lograba ensamblar el vértigo de una historia dentro de otra.

Un señor de los puntos suspensivos, las cajas chinas y un maestro de la *mise en abîme*. Y ése parece ser el “José-de-la-colinema” o —*colinema* de alguien que sabía— mucho más de lo que nos dejaba sospechar.

La segunda vez que lo vi fue a fines de 1981, en su departamento, a orillas del ex río de Churubusco. En esos años, ya había tenido tiempo de leerlo. Fui un lector fiel y fervoroso de su libro *Miradas al cine*, publicado en la colección Sep 70's con una enigmática portada color de rosa que siempre me ha hecho pensar en alguna travesura editorial de su amigo Humberto Batis. Lo visité para pedirle un cuento para el tercer número de la revista *Ca ve Canem*. Como ese número nunca salió, ni se perdió el cuento, ni yo pude perderlo o echarlo a perder.

En esa ocasión memorable, Pepe me llenó de regalos: libros, repetidos de Ramón Gómez de la Serna —*Seis falsas novelas*, *El*

circo, *El novelista*, las biografías de *Goya* y *Quevedo*. El primero en la Biblioteca Contemporánea de editorial Losada y los otros en Austral. Llegué como a las cuatro de la tarde y esa noche salí de ahí lleno de libros, y algo mareado por una larga conversación que fue mitad confesión por mi parte y mitad clase, pues aunque él no lo hubiese querido yo, obediente sin causa, casi, no podía ver a un adulto sin oírlo *sub-especie magister*. Salí hacia la avenida Río Churubusco, con la conciencia de que tenía amigo y maestro para rato. La conversación había rayado en conversión.

El tercer encuentro con Pepe fue en el marco de la redacción de la revista *Plural*. Recuerdo en 1975 y 1976 a Pepe en la imprenta Madero supervisando las correcciones que hacíamos, Ana María Cama —la hermana de Alba Cama de Rojo, la esposa de Vicente— y yo: ahí me enteré de varias cosas:

1. Que mi admirado escritor era un simpático dibujante, igual que Tito Monterroso. De la Colina firmaba sus dibujos como *Coli*: eran dibujos sencillos, caricaturas un poco al estilo de los apuntes que hacían Xavier Villaurrutia, José Moreno Villa, Alfonso Reyes o James Thurber.
2. Que en su juventud Pepe había sido un enamorado platónico.
3. Que ellas no le hacían caso pues cuando todos estaban dedicados a platicar o a bailar, Pepe estaba leyendo y leyendo. El

De la Colina es el habitante singular de varias ciudades que se traslapan y superponen y encaran en una figura de paseante.



José de la Colina



amor platónico es el que reconoce en el cuerpo una idea.

Estas anécdotas me parecieron inquietantes. Descubría en Pepe un avatar, un doble potencial, un otro —yo, con el que había que tener cuidado: *Cave Colinam*.

Aquí interrumpo el capítulo memorioso limitándome a decir que mi relación con la persona y con la escritura de José de la Colina ha ido creciendo a lo largo de los años y de los días, como prueba del generoso retrato que Pepe hizo de mi persona, hace unas semanas incluyéndome en sus inmortales del momento y elevándome así a la categoría de estrellita marinera.

II

El limpiador de espejos: ¿Quién es José de la Colina? De la Colina es el habitante singular de varias ciudades que se traslapan y superponen y encaran en una figura de paseante o pasajero que hubiese hechizado a Walter Benjamin y a Baudelaire.

Es un paseante y un testigo de la ciudad real e histórica que le tocó vivir en la infancia, la adolescencia y las varias juventudes en la Ciudad de México, es un testigo de la ciudad que nos está pasando por arriba y por encima, como documenta él mismo en *Cartas de Esmóxico Gry*; es también un lector devoto y además fervoroso de literatura y poesía en español, italiano, francés e inglés; es un cinéfilo empedernido que podía competir en erudición y memoria con Juan José Arreola, Emilio García Riera, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis o José Luis

Cuevas. Como es un observador natural, lo es de lo que hay alrededor y detrás de las pantallas. Y todas estas raíces imaginarias cristalizan en una prosa tersa y sugere n t e, sedosa y delicada pero sobre todo magnética, con el magnetismo pegajoso de los sueños. Pepe es un escritor soñado porque nos sueña.

III

Con estas ciudadanías imaginarias, De la Colina compensa y trasciende esa condición excéntrica del desterrado o transterrado, y gracias a ella se ha ido transformando en cierto modo en uno de los hombres más libres de México y del mundo.

A esta libertad, han contribuido dos amigos y maestros que lo han ido entrenando en el arte de emanciparse exterior e interiormente: Luis Buñuel y Octavio Paz con quienes comparte, además de la fidelidad a la imaginación poética, el temple libertario, pues no por nada Pepe ha sido uno de los traductores devotos del *Traatado de la servidumbre voluntaria* que Étienne de la Boétie, el amigo de Michel de Montaigne, escribió mucho antes de que naciera J.F. Lyotard, el autor de la *Economía libidinal*. Pepe es el autor de una fabulación libidinal y de diversas páginas y libros memorables (como los escritos sobre *El Titanic* o el Barrio de San Agustín).

IV

Me tocó hacer un prólogo de sus narraciones y cuentos para el FCE. Ojalá que algún día él se decida a hacer otro libro

con sus crónicas y ensayos como *Libertades imaginarias* (un libro excepcional y de lo más actual, donde se dan los frutos mexicanos del taller de Literatura Potencial y de Raymond Queneau y su *Personerío* del siglo XX mexicano) donde la vida y la “vidita literaria”, la autobiografía y la crítica bailan una animada danza entre las palabras. Ésa es a mi ver una de las estribaciones más brillantes de este monte análogo que es nuestro querido y admirado maestro, que lo mismo salva Cri-cri de los abismos de lo popular que revela las claves ocultas de Pinocho o de Octavio Paz.

V

Ciudadano de metrópolis: en José de la Colina se solapan y traslapan, cristalizándose, varias redes, capas o mapas; la de la historia vivida, la de la historia leída y recordada, la de la historia de la literatura, la de la historia del cine y —como quien no quiere la cosa— la de la historia del sentimiento pensado y del pensamiento sentido: en sus *viajes narrados* “que es como se traduce en mi niñez la palabra *travelogues*, neologismo inglés con que se llamaba a ciertas películas cortas que narraban viajes”, De la Colina oscila entre microhistoria (como la que practica Luis González) y la *intrahistoria* (como la que hacen Paz y Unamuno). Va y viene el pulso de José de la Colina de la letra al cine, pasando siempre por la aguja de la observación y del juicio. Por eso es un infalible crítico literario (pues este abuelo-niño no disimula su ser y ser filósofo). Como diría Borges de Reyes al reseñar *Pausa* “es el héroe de la maestría que